

EL MITO DEL COLONIZADOR Y EL DORADO EN RAMÓN SENDER

GONZALO NAVAJAS
University of California, Irvine

Propongo sin dilación la premisa central de mi trabajo: *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* desarrolla el estudio de una bipolaridad antagónica que se presenta como un componente primordial del archivo cultural humano. Los elementos de esa bipolaridad son el Dorado y el Averno. Ambos elementos se entienden de una manera suprarreal y utópica. No existen como hechos tangibles y verificables objetivamente. Sin embargo, actúan de manera determinante sobre la vida de las colectividades y los seres humanos. El Dorado se concibe como un espacio privilegiado en el que el sujeto puede alcanzar un estado de dicha definitiva; esa dicha se define a partir de la consecución de la unidad epistemológica y ética, la eliminación de las aporías fundamentales que desgarran la conciencia del sujeto y le impiden una reconciliación consigo mismo y el mundo. El Averno se entiende como la negación del Dorado; un medio sombrío (antesala del infierno o el infierno mismo) donde la conciencia se halla incesantemente torturada por dilemas irresolubles que le impiden la paz. Se hace aparente que, de estas dos fuerzas, es el Averno el que predomina en las colectividades humanas y modela de modo más directo la naturaleza humana. El Dorado se presenta como una categoría abstracta, una figuración idealizada y quimérica más que como un territorio identificable. El Averno es equiparable al mundo o la sociedad, mientras que el Dorado es un espacio más impreciso nebuloso e inconcreto.

En la novela de Sender se actualiza uno de los movimientos fundamentales del sujeto y las colectividades humanas frente a esa oposición primordial.¹

Ese movimiento se orienta a la superación de la conflictividad por medio de

1. En torno al concepto de oposición bipolar como categoría epistemológica central y sus ramificaciones filosóficas, v. CULLER, pp. 86-87; RORTY, *Consequences*, pp. 191-209.

la eliminación del elemento negativo en la oposición y el establecimiento del territorio del Dorado como una realidad incuestionada y única. El personaje central de *La aventura equinoccial*, Aguirre, participa de ese impulso y lo convierte en la motivación esencial de sus actos. Pero no es el único. Felipe II y con él la colectividad española recogida por él también están motivados por parecido impulso, aunque sea de naturaleza distinta a la de Aguirre. En Aguirre, la necesidad del Dorado emerge a partir de la realización de una ambición personal. En Felipe II y su imperio, el Dorado se constituye en torno al intento de alcanzar la unidad absoluta del mundo en todos sus aspectos: la religión, la política, la estructura militar. Quisiera sugerir que un propósito central del texto es la descalificación crítica de ese impulso hacia el Dorado; la exposición de su naturaleza quimérica que no mejora a los individuos y las agrupaciones humanas sino que los convierte en víctimas de impulsos aberrantes y destructivos. Lope de Aguirre en particular, pero también la España imperial de Felipe II surgen como emblemas de la futilidad de la instauración de una unión ontológica con olvido de la complejidad asintética de la condición humana.² La novela considera las consecuencias del impulso unidimensional hacia el Dorado. Se propone, además, la identificación de sus causas. Procederé al estudio de ambos aspectos del texto iniciándolo con la consideración de la causa esencial que produce el impulso aparentemente irrenunciable hacia el Dorado.

En el examen de esa causa, subyace una premisa central de la reflexión filosófica a partir de Kant: la presencia de la conciencia sobre la objetividad externa a ella.³ Desde Kant hasta Wittgenstein y el estructuralismo, la epistemología ha tenido como poco orientador ese principio establecido por Kant.⁴ Sus derivaciones han sido diversas. El texto de Sender sugiere una aproximación al problema fundamentada en una situación histórica y unas figuras humanas concretas. La función del texto es mostrar que el conflicto Dorado/Averno no tiene existencia *in re*, no es real, porque sus componentes tampoco son reales ya que carecen de una materialidad objetiva y autónoma, válida por sí misma. Ambos son figuraciones de la mente; están interiorizados en ella y son proyecciones del sujeto sobre el mundo y no representaciones del mundo en la conciencia del sujeto. El Dorado que Aguirre persigue fuera de sí mismo con incontrovertible convicción sólo puede encontrarse dentro de él mismo. Los pasos frenéticos de la trayectoria existencial de ese aventurero están, por tanto, necesariamente extraviados. Aguirre sigue una orientación ilegítima. Busca en la exteriorización de su discurso mental y su conducta lo que podría hallar a través de la interiorización. Desea descubrir un paraíso en el medio salvaje del Amazonas o el Perú

2. La ascendencia de Hegel en éste y otros aspectos del paradigma del pensamiento de la modernidad es notable. V. SUSSMAN, pp. 15-62; NORRIS, pp.19-46.

3. V. KANT, p. 384.

4. AYER, pp. 108-125.

cuando ese paraíso sólo es elaborable dentro del espacio de la reflexión de la conciencia. Ese espacio es físicamente más estrecho que el del continente americano, pero al mismo tiempo presenta más posibilidades de realización genuina de un proyecto personal significativo. De manera paralela, se deduce que la dispersión megalómana del Imperio de Felipe II debería haber sido reemplazada por una consideración más equilibrada de la naturaleza auténtica de España y de sus posibilidades verdaderas de realización en el mundo.

Los expedicionarios del grupo de Aguirre persiguen el Dorado huyendo de la persecución y la indigencia que los oprimía en la metrópolis. Según ellos, España es la actualización del Averno y América se les aparece como un mundo diferente que debe cancelar la realidad execrable en que consiste sus vidas. Para ellos, el nuevo medio americano debe contener necesariamente los atributos de perfección y felicidad que su contrario español les ha negado. Lope manifiesta esa creencia con seguridad firme y es corroborado en su creencia por los hombres que lo acompañan: «Vamos al Dorado, donde siempre es la primavera y hay mucha población y buen orden en las costumbres, de modo que allí tendréis una vida mejor (30)». No hay reservas en Aguirre. El maldito conflicto ancestral se resolverá sin duda en el nuevo entorno. Puesto que, para él, tanto el Dorado como el Averno son realidades totalmente autónomas es posible sustituir una por la otra (como el que cambia un objeto por otro) al margen del sujeto que las considera y experimenta.

A través de su arduo avance por el Amazonas, Aguirre y sus soldados advierten que el Dorado del que no habían dudado al inicio de la expedición se convierte pronto en más elusivo, una ilusión tan bella como inconsistente que no llega a materializarse nunca. Además, su deseo de concretizar esa ilusión les origina más desventuras y sufrimientos que los que padecieron en España. El Dorado se configura como una visión afín a un espejismo: siempre queda más allá de su alcance, más lejos de donde se hallan en ese momento, en un futuro no sólo temporal sino también especial: otra zona de la jungla del Amazonas, una población india rica y privilegiada; el Perú legendario. Todos ellos, además, lugares distanciados del presente. En la progresión obcecada hacia ese espejismo, Aguirre y sus hombres sólo consiguen un aumento de su perversión y desdicha en lugar de la riqueza y mejoramiento personal que anhelaban y que motivó su salida de España.

El deseo de abandonar para siempre el Averno infernal conduce a Aguirre a la negación de su identidad española y sus vínculos emotivos y legales con la patria de origen. Su renuncia a España es absoluta ya que espera que el afirmar esa renuncia de manera inequívoca debe favorecer el hallazgo de una patria ideal con la que su identidad coincidiría de manera exacta. Esa nueva patria y el yo del sujeto serían manifestaciones idénticas de una realidad esencial última, armónica y unificada. De ese modo, la diferencia, el antagonismo de principios contrapuestos dejarían de existir definitivamente y no producirían sus efectos

destrutivos para la paz y el equilibrio del sujeto.⁵ El modo excesivo y sobredeterminado en que se realiza el repudio de Aguirre con respecto a España revelan que la influencia del sistema cultural español sigue operante en él y continúa afectando su conciencia de modo insoslayable. Por esa razón, Aguirre siente la necesidad impulsiva de negar y borrar lo que aún le produce dolor. España es todavía pasión en Aguirre: no le ocasiona la indiferencia o la consideración ponderada del que ha superado un aspecto penoso de su vida sino la exasperación de quien todavía experimenta una pugna directa con ese aspecto: «Reniego de mi naturaleza de súbdito del imperio de Felipe II. Reniego de mi nombre de español y me halago con llamarme marañón y peruano y todo para mejor descartarme de la servidumbre del rey malsín Felipe II» (183).

La renuncia de Aguirre es tan fútil como su búsqueda del Dorado. La arbitrariedad y los excesos que Lope censura en el «rey malsín» son no sólo reproducidos sino también magnificados por el propio Aguirre en América. Aguirre y sus hombres huyen de una España que no les ha sido propicia y justa. Sin embargo, su huida es irrealizable porque España —su código cultural y ético— se ha instalado dentro de ellos y determina su visión y actos en el nuevo mundo. Aguirre comparte la característica determinante del conquistador y el colonizador. Descubren un mundo potencialmente nuevo en el que podrían realizar un proyecto diferente, más prometedor del que existía en la metrópoli que han abandonado. No obstante, en ese espacio en blanco inscriben los mismos signos que degradan el espacio de donde partieron. El observador determina lo observado. El paradigma kantiano queda confirmado. La visión española que Lope tiene fijada indeleblemente en su conciencia condiciona su perspectiva en América. La intolerancia del rey odiado se transforma en una intolerancia mayor en Aguirre. España adopta forma de caricatura en su versión americana. Esa caricatura se revela en numerosos aspectos, no sólo en los más significativos, como la administración de la justicia o la economía, sino también en los menos apremiantes, como las costumbres populares. Aguirre quiere ubicarse en un contexto histórico épico y heroico y evadir de ese modo para siempre la trivialidad cotidiana española. En realidad, consigue sólo la implantación grotesca de esa misma cotidianidad de la que está ausente cualquier dimensión de grandeza o heroísmo.⁶

La firmeza de la visión paradisíaca de Aguirre lo conduce a una seguridad individual desproporcionada. Lope se percibe a sí mismo por encima de toda norma que no esté dictada por sí mismo. La moral ajena no lo afecta. Con frecuencia lo manifiesta sin reservas a sus soldados, aparentemente sin tomar en

5. La noción de diferencia tiene significación capital para el pensamiento moderno. V. DERRIDA, pp. 59-62.

6. Este aspecto de la conducta de Aguirre conecta analógicamente con la figura de la paradoja que modela las formas distintas en que se concretiza la creatividad. V. DE MAN, p. 187.

consideración que su apología de la amoralidad podría ser interpretada por los soldados como una incitación a la desobediencia contra él: «Lo que pasa es que en la vida está permitido todo y vuestras mercedes no se han enterado todavía» (42). Lope puede hablar a sus hombres con despreocupación porque es consciente de que para mantener esa visión amoral se requiere secundarla con medios firmes de dominación. Él posee esos medios y por esa razón puede preconizar abiertamente la negación de la moralidad sobre su gente.⁷ Su amoralidad se hace progresiva y aumenta *more geometrico* en un curso desenfrenado hacia la crueldad y el exceso absolutos. Lope se transforma en el más sanguinario de los colonizadores sin que su impulso hacia la destrucción haga distinciones en cuanto a quien se dirige: incluye no sólo a sus enemigos sino también a sus colaboradores íntimos e incluso a su hija con la que parece unirle una relación de verdadero afecto. Su destructividad indiscriminada se extiende por asimilación a alguno de los hombres próximos a él que no muestran reparos en cometer actos atroces para hacer ostensible la fidelidad a su jefe. Por ejemplo, Llamoso está dispuesto a incurrir en la práctica de la antropofagia para que Aguirre advierta su sometimiento incondicional hacia él: «Llamoso... comenzó a dar voces, diciendo que siempre había sido leal a Lope y que allí mismo y a la vista de todos iba a comer los sesos de Martín Pérez —que asomaban por una herida—, y que si le quedara al traidor un hálito de vida, él se la quitaría a mordiscos» (319).

Lope se opone a una ordenación jerárquica del mundo y de las relaciones humanas ya que percibe esa ordenación como un ataque contra la supremacía cuestionada de su yo. No es sorprendente, por consiguiente, que su orientación destructiva hacia los demás se haga más imperiosa cuando su objetivo son las figuras más prominentes del orden jerárquico. Dios y el monarca aparecen como los antagonistas máximos frente a los que Lope manifiesta una oposición implacable. Frente a Dios, Lope amaga ciertos contraimpulsos compensatorios de su agresividad ya que Dios se le aparece como una figura remota, un signo intangible de la jerarquía más que un agente visible y activo de ella. No ocurre así con la figura del rey, Felipe II. Contra él, Lope revela una actitud unidimensional: es el fundamento de la jerarquización y, por tanto, debe ser eliminado. La oposición de Aguirre a su rey se destaca de modo singular porque tiene lugar precisamente en un momento de prevalencia de la institución monárquica. Lope advierte que el imperio regido por Felipe II no es *su* imperio y que su esfuerzo y sufrimiento en América no contribuyen a su propio beneficio y mejoramiento sino tan sólo a la potenciación de la jerarquía y a la solidificación del poder real. En una situación histórica en la que la deslealtad al rey se juzga como un acto totalmente injustificable y digno sólo de la condenación más inequívoca, Lope se afirma en la traición a Felipe II como el núcleo de su personalidad. Esa

7. En tomo a la naturaleza de la dominación, v. FOUCAULT, pp. 134-145.

traición constituye su identidad esencial, el modo en que se concibe a sí mismo y el modo a partir del cual quiere que los demás lo perciban: «Debo declarar a vuestras mercedes que he sido y soy traidor y lo repito para que vean que no hay que esperar desde ahora nada de nadie sino de vuestra espada. ¿Qué es eso de recibir dignidad alguna en nombre del rey? ¿De qué rey? ¿Del que va a cortar-nos la cabeza si puede habernos a la mano?» (131).

Lope niega la supuesta superioridad del rey sobre él y sus hombres y pone al descubierto que la conducta del monarca no es diferente de la que él y sus hombres practican: el rey es tan violento y arbitrario como ellos. La negación de la diferencia es el movimiento inicial para la supresión de la jerarquía porque priva a esa jerarquía de justificación. El rey «corta la cabeza» por motivos no diferentes de los de Lope; su justicia no se funda en principios más elevados que los suyos. La equiparación moral conlleva la igualdad humana. No hay seres privilegiados. La superioridad de un ser humano sobre otro no es un orden natural, inscrito en el texto original del mundo y cuyas leyes universales todos acatan. La jerarquía es una creación cultural, enteramente artificial. Por tanto, también reversible. En principio, no hay un motivo objetivo por el que Lope no pudiera ocupar la misma posición del rey y usurpar sus prerrogativas. La condición humana deja de ser una esencia permanente y se convierte en un estado miserable, sin una formación única y precisa.⁸ De acuerdo con estos conceptos en torno a la jerarquía y el poder, no es impropio el que Lope sea asociado comparativamente con Julio César, una figura histórica que puede considerarse como más excelente que él. Incluso Pedrarias, el hombre más prudente y equitativo de la expedición de Lope, valida esa asociación entre su jefe y el emperador romano: «Veía en él un Julio César con la cabeza reducida al tamaño de un puño, como hacían los indios tupíes. Pero Julio César» (291). Pedrarias advierte que, a pesar de sus rasgos monstruosos, Aguirre participa de algunos de los atributos de grandeza propios de los hombres hegemónicos de la historia. Como ellos, ha cometido actos aberrantes, pero también con ellos tiene una visión extraordinaria que trata de trasladar al mundo dinamizándolo de ese modo.

Creo que la clarividencia de Lope para caracterizar aspectos de la condición humana más allá de los filtros ofuscadores que ocultan la verdadera configuración del mundo es la mejor de sus cualidades y la que permite recuperarlo parcialmente de una trayectoria histórica que es en general repudiable. A pesar de su exceso demencial, Lope es capaz de penetrar con lucidez en la significación auténtica del modelo hegemónico español y la jerarquía imperial. Una lucidez que está ausente en los que se identifican con la dominación imperial. Esa identificación —genuina o afectada— les impide comprender o juzgar el mundo de manera apropiada ya que lo someten a visiones ideológicas falsas.⁹ Lope, por el

8. RORTY, *Philosophy*, pp. 315-356.

9. EAGLETON, pp. 11-43.

contrario, no se abandona a la falacia. Se percata con agudeza ejemplar de las deficiencias del medio imperial y en particular de los desmanes de la administración y el gobierno. No hay en su evaluación elementos compensatorios, pero al mismo tiempo sus apreciaciones son meticolosamente precisas y justas. No cree en formaciones ontológicas (Monarquía, Iglesia, Divinidad) inamovibles e indisputables. Le es posible, por tanto, ofrecer visiones alternativas del mundo. La dificultad principal de su visión es que el modelo que propone (el Dorado) es una quimera de su fantasía, un efecto de mente alucinada. Frente a su visión irreal, la realidad imperial —tangible e implacable— inevitablemente prevalece. El impulso destructivo de Lope es de naturaleza apocalíptica; no discrimina en los objetivos de su destructividad ni tiene una orientación o propósito determinados. La destrucción que procede del orden hegemónico es, por el contrario, selectiva y racional. Sigue un designio preciso. Es sistemática. Es, por ello, más eficaz y consigue así la extinción de Lope. Mientras que Lope muere de manera violenta e indigna, su antagonista máximo, el monarca, continúa ejerciendo su dominación sobre el mundo.

El texto potencia la ambivalencia axiológica de Aguirre. Muestra, sin duda, su crueldad sin límites. No obstante, al mismo tiempo, presenta a esa figura torturada y brutal como un testigo veraz del medio español imperial que se adhiere incondicionalmente a una visión unilateral de la realidad y trata de imponerla a hierro y espada sobre los demás. De manera contrahecha e incluso siniestra, Lope cuestiona la regla imperial y la revela como una estructura cerrada de dominación opresiva del sujeto.

De acuerdo con la ambigüedad que el texto ofrece, Lope es capaz incluso de advertir su propia naturaleza criminal. Es cierto que con frecuencia se llama a sí mismo justo, afirmación obviamente incorrecta. Sin embargo, en algún momento reconoce sus faltas y busca incluso la confesión de ellas. Su decisión obedece, más que al arrepentimiento, al deseo de hallar en el otro —el confesor, el mundo— una corroboración objetiva de sus ideas. Indica, sin embargo, también la admisión de una carencia personal, de los límites propios.

Lope es, además, capaz de compasión, como se manifiesta con el perdón que concede a Pedrarias a pesar de que Pedrarias lo ha traicionado. Por último, parece creer con honestidad que sus hombres —si le son fieles— tienen derecho a participar en los beneficios del Dorado peruano que les ha prometido. Quiere que sus marañones se distancien para siempre del infierno de la patria maldita y establezcan un nuevo Edén en una tierra nueva. Su gran designio no se realiza porque emplea en el nuevo medio los mismos recursos degradados que ha trasladado del viejo mundo. La naturaleza de su conciencia es la misma del pasado.

La extinción definitiva del proyecto del Dorado de Aguirre, que sobreviene con su muerte, señala oblicuamente la reemergencia de los pobladores originarios del territorio en el que los españoles ubican el Dorado. El indio se hace protagonista. Para él el medio no se instrumentaliza (corrompiéndolo) para la ob-

tención del beneficio personal sino que se percibe como un entorno con el que compenetrarse armónicamente. El texto de Sender no explora con detención esa avenida de la significación. La presenta sólo con escorzos fugaces. Sin embargo, al descalificar la validez de los modelos importados al nuevo continente, privilegia la primacía de otros modelos que son connaturales con él.

BIBLIOGRAFÍA

- AYER, A. J., *Wittgenstein*, Chicago, Chicago U. P., 1985.
CULLER, Jonathan, *On Deconstruction*, Itaca, Cornell U. P., 1982.
DE MAN, Paul, *Allegories of Reading*, New Haven, Yale U. P., 1979.
DERRIDA, Jacques, *Positions*, París, Minuit, 1972.
EAGLETON, Terry, *Criticism and Ideology*, Thetford, Thetford Press, 1976.
FOUCAULT, Michel, *Power/Knowledge*, Nueva York, Pantheon Books, 1980.
KANT, Immanuel, *Critique of Pure Reason*, Nueva York, Anchor Books, 1966.
NORRIS, Christopher, *Contest of Faculties*, Londres, Methuen, 1985.
RORTY, Richard, *Consequences of Pragmatism*, Minneapolis, Minneapolis U. P., 1982.
—, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton U. P., 1979.
SENDER, Ramón, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, Madrid, Novelas y cuentos, 1982.